

lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio¹¹.

Estaban todavía por venir, a la altura de 1892, las reservas y los reproches con que se distanciará de sus antiguos juicios con la lectura de *Los raros y Prosas profanas*¹², bandera de un afrancesamiento que para, a su juicio, en *galomanía* olvidadiza de unas raíces, las de lo hispánico, cuya búsqueda y exaltación habían siempre movido su pluma y su mirada crítica en su recorrido, las más veces benévolo, raramente severo, por las letras de Hispanoamérica.

Será también este deseo patente de enfatizar los valores de la cultura española, al que sirve el recordatorio insistente de la unidad de civilización y lengua entre la metrópoli y las antiguas colonias, el que propicie en último término los dos grandes argumentos que van a sostener la lectura de que serán objeto, en la crítica peninsular, las *Cartas Americanas*, cuando en la primavera de 1889 vea la luz el volumen de su primera serie: el humorismo y la ironía que sus páginas respiran, y el escaso rigor e imparcialidad que presiden una obra que, de un modo u otro, no dejará de ser leída como lo que Rubió y Lluch calificaba de «eficaz propaganda americanista» gracias, precisamente, a la confluencia de ambos rasgos en el crisol del «estilo personalísimo» de su autor:

Hay en Valera cierta ligereza y hasta una benevolencia excesiva en sus juicios que le hacen sumamente simpático, pero no juez imparcial y severo, de esos que se sientan perdurablemente en el tribunal de la historia (...) Hoy por hoy, es Valera el escritor más ameno, más sutil y más fácil de cuantos produce este fecundo suelo y el estilista por excelencia de las letras castellanas. He aquí el secreto de la popularidad de sus cartas americanas, y la eficacia de su propaganda americanista¹³.

Dará buena muestra de ello, y con prontitud, la ácida pluma de quien Valera juzgaba «el más discreto, inteligente y ameno de nuestros

¹¹ Valera a Menéndez Pelayo. Carta del 18 de septiembre de 1892. Cf. M. Menéndez Pelayo, Epistolario, XII, (ed. M. Revuelta Sañudo), Madrid, F.U.E.- Sociedad Menéndez Pelayo, 1986; pp. 62-63.

¹² Véase Ecos Argentinos, cit., pp. 71-78 y 182-186.

¹³ A. Rubió y Lluch, «Comentarios a las Cartas Americanas de D. Juan Valera», cit., p. 61.

críticos de hoy», Leopoldo Alas, quien empezaba dando cuenta con satisfacción, el 30 de mayo de 1889 y desde las páginas de *La Publicidad*, de la aparición del volumen, para prolongar sus consideraciones en el «Palique» que dos días después, el 1 de junio, vería la luz en *Madrid Cómico*. Doble asedio que «Clarín» iniciaba, en la «Revista Mínima» del 30 de mayo, deteniéndose, por de pronto, en el carácter de «humorista verdadero» con que Valera parecía haber dado forma a su empeño americanista en la «primera serie» de sus *Cartas*:

En estas *Cartas*, obra de propaganda, de vulgarización, Valera encuentra un expediente ingeniosísimo para no prescindir de su carácter de humorista verdadero —no por clasificación— y ser cuando hace falta sencillo cronista... Consiste el artificio en la habilidosa narración o descripción de lo nimio, de lo ridículo o extravagante con una especie de cándida seriedad, una duda fingida en la que parece que el autor está nada más a la altura de lo expuesto o descrito, siendo así que está cien codos más alto, pero sin despreciar por esto la materia en que se ocupa, antes perdonando, por razones de gran filosofía, la pequeñez que ve bien clara¹⁴.

Importantísimo rasgo, fundamental en la estética de Juan Valera, que Leopoldo Alas había sabido ya advertir en fechas bien tempranas y que, al correr de los años, había de fundamentar en gran medida el sucesivo asedio que realizara, al compás de su propia evolución, a la producción crítica y novelesca del autor de *Pepita Jiménez*: un humorismo que no había tardado en emparentar con el idealismo alemán y que ahora, apelando a su manifestación a modo de permanente contraste entre fondo y forma, entre «maneras» y «doctrinas», elevaba de nuevo al valor de pauta desde la que entender e interpretar unas *Cartas Americanas* que, a su juicio, estaban invitando a «pensar y leer entre líneas» a todo aquel que supiese hacerlo¹⁵.

Un humorismo cuya faceta más amable, eficaz y oportuna atendía Leopoldo Alas a destacar en estas primeras *Cartas Americanas* al abor-

¹⁴ L. Alas, «Clarín», «Revista Mínima», *La Publicidad*, 30-V-1889. «Clarín» observará muy especialmente este carácter de «humorista verdadero» en las cartas de esta «primera serie» dedicadas a reseñar El perfeccionismo absoluto de Jesús Ceballos Dosamantes, cartas que, de hecho, acabaron por suscitar la duda de ser el mencionado autor una pura invención de Valera, sostenida con la finalidad de ejercitarse libremente en el arte de la burla.

¹⁵ Para una consideración más detenida de la recepción de la primera serie de *Cartas Americanas*, sobre el vector del humorismo de Juan Valera, véase nuestro estudio «La polémica en torno a las *Cartas Americanas* (1889), de Juan Valera», *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Barcelona, PPU, 1994; Tomo II (vol. 1); pp. 157-173.*

darlas en su «Revista Mínima» de *La Publicidad*, para referirse a continuación, en su «Palique» del 1 de junio, y con una ironía que no oculta el reproche, a lo que juzgaba su reverso desafortunado: el distinto talante con que dicho humorismo se materializaba en las cartas dedicadas a la *Poesía argentina* o al *Parnaso Colombiano*, redundando —«grave inconveniente»— en un inoportuno relativismo crítico:

Por el gusto de moler, Valera muchas veces se finge loco, como Hamlet, y sale diciendo que Narciso Campillo es un poeta como un jilguero, y Velarde tan rui señor como un Petrarca. Y es que Valera es de esos críticos modernos, aunque no de los que lo confiesan, que opinan en punto a crítica que de gustos no hay nada escrito, aunque haya gustos que merecen palos; y así como Hamlet se burlaba de sus cortesanos haciéndoles creer que en las nubes veían la forma que a él se le antojaba que vieran, así Valera se ríe para sus adentros del cándido lector que, creyéndole bajo su palabra, va reconociendo notabilidades artísticas en éste o en el otro autor ramplón o poeta chirle¹⁶.

Había de ser éste, sin duda, el aspecto más controvertido de las *Cartas Americanas*, frente al que no tardarían en levantarse voces de protesta ante la generosa benevolencia de Valera para con los poetas hispanoamericanos y la audacia de algunos de sus juicios, amenazando convertir lo que debiera ser provechoso discernimiento crítico en gratuita contribución a la causa de la mediocridad poética. Y si a los ojos de Leopoldo Alas —siempre fiel a la idea de la crítica como juicio de valor, como juicio de arte alejado tanto del puro impresionismo como de un estéril cientifismo— éstas que considera deliberadas «diabluras de ingenio» de Valera no constituyen sino el extremo malogrado de un humorismo que acaba por prestar flaco favor a la meritoria iniciativa de informar razonadamente de las letras americanas:

Si la unión con América ha de consistir, como suele consistir la amistad entre literatos, en el pacto tácito de estar alabándose mutuamente los de acá y los de allá, yo denuncio el tratado. Bastante tenemos con los becquerianos, y campoamorinos, y *nuñezdearcianos* de la tierra, de la madre patria, sin que tengamos que reconocer derechos de nación más favorecida a las bobadas que se le ocurran a cualquier sinsonte bajo el sol de los trópicos (...) Por eso le digo a don Juan, es claro que con el mayor respeto, que hace mal en dar alas a esos cóndores de por allá, porque esas vulgaridades altisonantes que a ellos se les ocurren teníamos ya nosotros quien nos las dijera, sin necesidad de que

¹⁶ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, 1-VI-1889.

nadie se molestara en ir a descubrirles a ellos, lo cual siempre es ocasión de sustos y disgustos. Por lo demás, es claro que me alegro de que Colón haya tenido aquel arranque, y de que la amistad entre españoles y americanos prospere. Pero ¿no podría prosperar en prosa?¹⁷

no menos cabe advertir del juicio que habrían de merecerle, sin ir más lejos, a Ramón Domingo Perés, quien, unos meses después, y desde las páginas de *La Vanguardia*, dedicaría a las *Cartas Americanas* una larga y ponderada reseña donde, tras poner de manifiesto el afán «diplomático» que alimenta buena parte de los juicios allí contenidos, advertirá el peso del «*dilettantismo* aristócrata» de Valera en el guiño irónico con que los ofrece, con elegancia burlona, y no verá, en las cartas dedicadas a asuntos literarios, sino la manifestación extrema y desafortunada de su refinado escepticismo, conjurado con el móvil de «un gran patriotismo» que estorba la deseable imparcialidad crítica:

Obra de más diplomacia literaria que ésta no creo que la tengamos en España. Se necesita ser americano con alma y vida, tener el móvil de un gran patriotismo, para formular algunos de los juicios que ha escrito el señor Valera en sus *Cartas*, y es imposible que desde lejos, en frío y siendo hombre de tantas humanidades y de tanta cultura europea como es nuestro autor, se diga todo eso que él dice, cuando es solamente la crítica imparcial y severa la que habla (...) Lo menos que puede pedirse a ese literato español que para nosotros escribe es que su elogio, por lo excesivo e inesperado, no parezca desprovisto de sinceridad, porque entonces el efecto es contraproducente¹⁸.

Si en las líneas, arriba citadas, de Leopoldo Alas, asoma su abierto escepticismo ante una América donde «se han descubierto hasta hoy muchas más frases que ideas» y donde «se *canta* más que se piensa y se siente», así como la incompreensión que habrá de seguir mostrando hacia Rubén Darío y, por extensión, su menosprecio por aquellos «colorines y trompetería» modernistas —que no había de empañar, sin embargo, su reconocimiento de «las excelentes dotes de algunos de los notables poetas americanos»¹⁹, así como la justa estimación de aqué-

¹⁷ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, I-VI-1889.

¹⁸ R. D. Perés, «Valera y sus Cartas Americanas», recogido posteriormente en *A dos vientos. Críticas y semblanzas*, Barcelona, L'Avenç, 1892, por donde citamos. Véase p. 133. Al cerrar su reseña, dará cuenta Perés de la aparición del tomo de *Nuevas Cartas Americanas que, adornadas de las mismas cualidades que sus predecesoras, «tienen en contra suya el llover sobre mojado, como suele decirse, esto es, el que nos hayamos acostumbrado ya a sus juegos de ingenio, y, por lo tanto, nos atraigan menos»; cit., p. 147.*

¹⁹ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, I-VI-1889.

llos en quienes advertía valores perdurables, más allá del gorgojo de gorrión a la parisién-; y si la medida de las expresiones de R.D. Perés no ocultan la severidad con que lamenta el malogro parcial de la meritoria empresa crítica y divulgativa de Juan Valera a golpe de burla mal administrada a despecho de su proverbial elegancia, cabe decir que la insistencia de Valera en ponderar los logros de una poesía por lo general mal conocida en la metrópoli, y lo benévolo de algunos de sus juicios, interpretados a la luz de su diplomacia y su confesado énfasis patriótico, no fueron del todo ajenos a cierta predisposición desdeñosa hacia la poesía hispanoamericana finisecular, que las *Cartas Americanas*, en sus dos series, querían ayudar a difundir, y que cumplió plenamente su objetivo en el afortunado caso de Rubén Darío. Sin que ello fuese obstáculo para un justo reconocimiento de los méritos de su labor, indispensable para comprender y valorar el conocimiento de la literatura hispanoamericana en la España que se acercaba al fin de siglo.